

EL CASTILLO SIN ORU

HAZ  
de  
CUENTOS PAVOROSOS

(DE MIS TIERRAS DE LEON)

Por Manuel de Rabanal  
(Catedrático de Universidad)  
(Miembro C. de la Real Academia Española)

NM 1996

## “NI CASTILLO SIN ORO”

El narrador quiere ofrecer este cuento en una prosa cinematográfica. Tal vez un intento bárbaro. Pero merece la pena ensayarlo.

Esta es la presentación. Y luego seguirá la trama.

Un pico de acero movido por manos hercúleas se clava penosamente en tierra sedimentada y compacta. A sus golpes saltan trozos de ladrillo de esquina labrada y cadáveres de viejos utensilios.

Otro pico y otro y otros. Un hombre, otro hombre y muchos hombres, hasta un pueblo entero de hombres. Todos cavan como asalariados de un magnífico empresario.

Al empresario no se le ve por ninguna parte. Es una ilusión. La busca del tesoro, la fiebre del oro.

A pocos pasos un prisma de piedra morena, con algunas aristas desmoronadas. Con los dientes enredándose entre las nubes. Es el castillo. Con su leyenda de princesas y de oro como todo buen castillo.

Más lejos, la joroba de una montaña. Y un río en su curso medio con pasos tranquilos. Y un pueblo ribereño. En su primera fachada puede leerse, en grandes caracteres para que no se escape a los ojos raudos de los automóviles, el siguiente nombre: TAPIA DE LA RIBERA.

Horizontes abiertos como palmas de manos gigantes. Cicatrices en las laderas, que parecen sangrar. Tierra apta para cocerse en tejas.

En las casas, sólo mujeres y chiquillos. Algún viejo jubilado ya de sus tareas por la ley natural, y bastantes canes.

Ahora los forzudos varones que cavan incesantemente en la vecina altura, parecen un rebaño, y el castillo en torno al cual se doblan, el hierático pastor.

Al pasar por una puerta carretal, se ponen en primer plano unas barbas plateadas, unos ojos a medio apagar y una muleta. Buena estampa de patriarca ya más que otoñal.

Habla: —“El Señor del Castillo se marchó una vez a la guerra con los moros río Orbigo abajo, y en sus alacenas dejó un “boletín” donde anotaba el sitio en el que quedaban escondidos sus tesoros para que, en caso de morir en las batallas, sus herederos pudiesen encontrarlos. El caballero no debió de volver y allí hallaron su tumba las joyas y las piedras preciosas. La noticia se conserva escrita entre los pergaminos del archivo de Simancas y grabada a luz y a fantasía en el recuerdo de todos mis convecinos que nos la vamos transmitiendo de generación en generación”.

La voz se cae al suelo como una hoja en otoño. Se extiende un brazo. Se clava en el aire la lezna de un dedo y por toda despedida se escucha: —“Allí está. No hay duda. Allí está el tesoro”.

Los azadones siguen su martilleo. Incansables. Ciegos: “¡Oro! ¿oro? ¡oro!. ¡Oro! ¿oro? ¡oro!”. Tal parece ser la sinfonía de aquella gleba, capaz de vender, como el Cid, arcas de arena.

Un día y otro cavando en las tierras de la ilusión. Como un hormiguero. ¿Garantías de éxito? Pues... el decir de los viejos; la promesa de un brujo que les habló de tesoros mayores que los de “El gran pirata”, y un boletín en Simancas.

Es Tapia de la Ribera, que hizo carne de sí la fantasía de los tiempos.

Y todo sigue siendo verdad.

“Ni castillo sin oro”. ¡Oro! ¿oro? ¡oro!. ¡Oro! ¿oro? ¡oro!. Esa era la sinfonía de los azadones, que no calló hasta ponerse el sol.

---

## LA LOCA DE FUENTEBLANCA

Inocencia fue una precursora. Como Leonardo de Vinci, corazón del renacimiento, que supo de muchos oficios. Como Miguel de Cervantes, que hizo de madera un Clavileño. Como Julio Verne, el de la fantasía aquilina.

Pero Inocencia era una loca agradable y anciana que vivía hace muchos años en su choza destartalada y fría del barrio de Fuenteblanca. Sólo un murciélago la acompañaba en sus últimos días.

Siendo moza, marcada y prematuramente anormal, le nació un hijo en la calle y el desamparo.

La caridad de las buenas gentes del lugar fue desde entonces el único asidero que aquella mujer pudo alcanzar.

El tiempo no cesó, en su labor lenta y asídua, de clavar el rejo de sus días en las arrugas cada vez más hondas de Inocencia. Y bien pronto montó el andamiaje para alcanzar a dar de blanco a sus cabellos.

Nicolás, el hijo de la loca, buscó la tierra, para echar sobre la mancha de su origen, en la distancia húmeda de los mares.

El coche de línea, arrastrado por unos caballos color café, lo llevó hasta La Robla (León). El tren, desde La Robla al mar. Y hacinado entre suciedades y plebeyos polizones, se perdió rumbo a la entonces tierra de promisión, tierra argentina.

La loca sintió muy hondo el desgarrón de la carne filial, a la que amaba sin trabas ni miramientos. Como la naturaleza. Brutalmente.

De aquella manzana de su demencia salían las pepitas como granos de trigo en toda su coloreada sazón. El seso se le había secado totalmente.

Entonces fue cuando los curiosos la hicieron objeto de sus observaciones. Y las mujeres pia-

dosas le rociaron la casa con agua bendita para ahuyentar a posibles demonios, que debían de esconderse en el cuerpo de la pobre vieja. Y fue también cuando los chiquillos —el firmante entre ellos— la empezaron a observar por las rendijas enormes de su puerta, para no perder un detalle de sus disparatadas fantasmagorías, de sus aspavientos y de sus sombríos monólogos.

Inocencia, mucho antes de que volasen por su valle esos cóndores de alas quietas, los actuales aviones, había visto ya a su Colás desaparecer sobre un pájaro enorme de hierro con ruedas y por faros dos estrellas.

—¿Dónde está Nicolás? —le preguntábamos los pequeños, conocedores ya de sus manías.

—Anda en las nubes. ¿No lo sentís volar? —solía contestar la loca.

—¿Cuándo viene?

—Sí, vendrá. Para la siega del pan.

Y se marchaba con los brazos inútilmente tendidos al paso de los vientos creyendo cazar la mariposa de su hijo.

Mas, como nunca parecía llegar, la loca de Fuenteblanca, precursora e inocentemente diabólica, pensó en irle a buscar. Y una noche, sin más testigos que las estrellas, con la cabeza despeinada y un cirio encendido en cada mano, se subió al campanario de la iglesia parroquial de San Adriano para llamar a los astros.

El silencio respondió a sus voces. Una nube le aumentó la locura. Vaciló y se echó a volar como una bruja.

A la mañana siguiente, Inocencia, la loca de Fuenteblanca, estaba muerta junto a la iglesia, estrellada contra el rocoso suelo, entre dos velas rotas.

---

## JUGANDO "AL TUSO" CON EL DIABLO

La obsesión de todos los devotos que se acercaban a rezar delante del retablo mayor de la iglesia parroquial de Espinosa de la Ribera, era aquel dragón de línea persa y alas de murciélago, que agonizaba bajo los pies hercúleos de San Miguel Arcángel.

Grandiosa talla en madera de un colorido variado y chillón, blandiendo una descomunal espada plateada de purpurina, y rematada en la base por el horrible lagarto de los infiernos, en cuyas formas el arte mecanizado y en serie parecía haberse complacido en aunar todo lo espeluznante y torvo, que jamás asceta alguno pudo concebir en sus soledades ayunas y medrosas, en la figura luminosa del Espíritu del Mal.

Tenía la cola convulsa, de lagartija en agonía; el cuerpo, escamoso y averdosado, e incluso en la familia aristotélica de los "cuatropeas". Membranas interdactilares transparentes acreditaban su calidad de natante en los estanques cenagosos del Averno, donde vive la más grande muela de sala-

mandras que jamás, ni con ojos de Dante, se haya visto. Y la cabeza, bicorne y rabiosa, enseñaba a través de los tizones de los labios, los más afilados y amenazadores dientes con que pudo morder animal alguno.

De generación en generación infantiles, se iban transmitiendo los mismos sentimientos al entrar en el recinto sedante de la iglesia.

El Santo más simpático y más guapo tenía que ser, sin reservas, aquel milite arcangélico, osado y bizarro, San Miguel, que tenía el filo de su espada a pocos centímetros del cuello del dragón.

No faltó algún avisado monaguillo que se encaramase a la hornacina y, con una martillo en las manos golpease despiadadamente la empuñadura del acero del Santo para que se clavase definitivamente en las entrañas del dragón, que parecía no morir con la sola amenaza.

Varias fueron las intentonas de aquella chiquillería pueblerina para liberarse definitivamente de las pesadillas, de los malos sueños y de aquella amenaza estética que les inquietaba, sin temor a recibir sobre su inconsciencia el anatema de iconoclastas.

Por fin, una noche despierta y eucarística, de insomnio y de fervor, la noche del Jueves Santo, en que los altares estaban desnudos y oscuros, y las madres arracimadas devotamente en torno a la custodia y a las velas lloronas del monumento, los pequeños desencadenaron la ofensiva más sañuda y eficaz contra aquel enemigo de siempre.

Arrancaron secretamente el dragón de su guarida y lo sacaron a hurtadillas al atrio tenebroso del templo. Lo apostaron sobre una prominencia y desde cierta distancia, provistos de bolas planas, o discos, de losa o hierro, comenzaron a jugar "al tuso" con el dragón logrando siempre pegarle en toda su fea cabezota.

Dientes, cuernos y escamas fueron saltando en leves, irreparables astillas. Y a la mañana siguiente la escoba borraba para siempre el recuerdo de un diablo inquietante, del que Espinosa se vio liberada jugando con él "al tuso", por medio de sus niños, en una noche de Jueves Santo.

---

## LA PISADA DEL MORO

Entre dos olas de tierra verde y acribillada de arbustos —roble y tejo— estaba a medio tender la comba de un valle silencioso y solitario.

La herida de una fuente sangraba hierba de color de abril, y en su fría humedad se balanceaba como un náufrago un cuerno de vaca con leche de cabra.

Arriba, muy alto, muy alto, un rebaño de animales caprinos manchaba sus cuerpos en las llamaradas de un sol, que aquel día no se levantaba redondo sino alargado como un horizonte.

El cabrero, hosco y renegrido, con la pipa en llamaradas, como una postal francesa de "Mendiant", atronaba los aires con gritos sin posible reproducción gráfica o idiomática. Tan roncocos eran,

que parecían salidos de un pulmón enorme que, arrancado del tórax, vocease fuera de su sitio, al aire libre.

Un perro lanudo, inteligente —todo lo “inteligente” que puede ser un animal irracional—, sacado, diríase, del “Coloquio de los Perros” de don Miguel de Cervantes, dejaba entre los tallos marginales de los senderos mechones blanquecinos de pelo, como una oveja sin esquila. Le llamaban “Chulo”. Y le cuadraba mal el nombre, porque no lo era.

Haciendo el “tiple” de aquel concierto, un zagal —una vez más el idílico nombre de “zagal”— con los años en menor número que los dedos de sus débiles manos, se preocupaba más de la merienda que portaba en su zurrón espaldero, que de la bucólica tarea de conducir el rebaño y de beber los colores y las escenas que se le ofrecían gratis entre los bastidores de la naturaleza.

Pedro “el Tumboilo”, Pepín “Mandinga” y el “Chulo” eran los tres personajes que con no menos prestancia que viejos Títiros o Melibeos, componían aquella pastoril mañana.

Y en la ladera, como una imagen en capilla de madera, la peña legendaria llamaba la atención con su contenido.

Era un leve saliente plumizo, vestido con los imperceptibles líquenes de las edades, como gotas de cera caídas de un velón amarillo, que amasasen abejas con alas de seda.

En su parte más alta —acaso, para los sabios, un “petroglifo”— aparecía en profundo relieve una pisada de hombre colosal, una huella de la agrandada anatomía de una planta de gigante.

Y en torno a tal descomunal pisada había nacido la siguiente leyenda: —...Cuando los moros andaban por estas tierras, tenían como jefe a un capitán grandón, grandón... más que aquel roble de la collada. Aquí se libró una gran batalla entre moros y cristianos. Y el capitán, que desde la peña contemplaba la pelea, al ver que sus hombres caían al suelo y eran vencidos, clamando, en su desesperación, a Alá y a su profeta, pisó tan fuertemente en la roca, que allí quedó muy ahondada la huella de su pie para perpetuo testimonio.

---

## LA SEÑORA DEL PAJARON

Nota previa: “pajarón” no se emplea en este cuento como aumentativo de “pájaro” sino de “pajar” (lugar donde se conservan la paja y la hierba).

---

Jamás cabra alguna fue señal de tan buenos augurios. Era un ejemplar especial entre los de su raza. Ligera, y brillante como el charol. Cuidada y sin mordeduras. Negra más que la noche. Solía pastar sin aficiones gregarias en las orillas del río con absoluta libertad. Cuando murió, su efigie

quedó esculpida en la piedra amarilla y oxidada de una casona solariega. Porque de ella y de sus instintos dependían las fabulosas riquezas de una familia señorial y renombrada en todo el contorno.

\* \* \*

La aldea de Frieria tenía la plasticidad de una vieja miniatura. Lo más destacado de ella era una casona con grandiosa portada de medio punto, maderas ferradas con clavijas forjadas a modo de una flora ancestral, ventanales oblicuos y angostos para arcabuceros, y una torre domeñadora y serena avizorando la lejanía.

Pegados a la fachada, dos grandes escudos hablaban mudamente de nobleza. En el interior, patriarcal y lujoso, vivía una mujer solitaria, lánguida y misteriosa como una princesa de Rubén Darío.

Madura y soltera, con pastores y jauría, con vacas y una familia rústica adscrita hereditariamente a su extendida hacienda.

Pero lo más misterioso de aquellas riquezas era un pajar, solitario como un monje, en el eremítico Monte de los Caballos. Rehuyendo la presencia de los caminos, se levantaban sus paredes para encerrar toda la hierba de las incontables praderas de la Señora. Y estaba escondido entre hileras de chopos rígidos y en vela no de otro modo que una escuadra —o centuria— de titanes en guardia.

En sus alrededores pasó en tiempos su vida, no menos extraña, la cabra negra. Y de tales dos figuras, tan propicias a la leyenda, fueron las plumas de los años y las lenguas de las generaciones sacando el origen de las pingües riquezas de la primitiva familia señorial.

Es muy frecuente que las gentes trabajadoras, que saben estar toda la vida y honradamente luchando para morir pobremente, para morir al día, cuando topan con el codiciable caudal de una abadía o de un señorío, tejan umbrosas y poéticas explicaciones del origen de tantos bienes, porque no conciben que gota a gota, o miga a miga, pueda llegarse a atesorar tanto y tanto. Y no les falta razón. Literariamente, al menos, la tienen.

Según eso la cabra negra enfermó un buen día de no sé qué malignidades caprinas, y el honrado labrador, que era su dueño, vio entre sueños que bajo la tierra donde descansaba el cuerpo moribundo del misterioso animalejo había tres grandes potes llenos de oro, de moros o de Indias, es igual. Y a la mañana siguiente, con el secreto en lo más hondo de su ser, se encaminó velozmente a las cercanías del pajarón encontrando la cabra muerta con la boca llena de tierra y de pepitas doradas.

Fácil es adivinar el resto del descubrimiento. Muchos años después, la nieta del feliz dueño del pajarón y de la cabra negra, la Señora, era dueña de muchas joyas y de incontables hectáreas de campos de regadío.

## “PARA, BAILÓN...”

Perdido en la boca verde y plegada del valle, entre las barbas primaverales de un centenar de chopos firmes, está el recuerdo, reducido a cuatro paredes mochas y acostadas, del molino del “para, bailón...”.

La corbata eternamente húmeda y quebrada del regato, corre todavía bajo sus ruinas en recuerdo de tiempos mejores. Las piedras, desencajadas y sin aristas, conservan aún el afeite femenino de los polvos de la harina de trigo y de centeno que día a día fue maquillándolas.

Apoyando su herrumbre en el muro más tieso, un rodezno de muchas paletas simula al ocioso viejo que sale a las caricias del sol en el mes de mayo, mientras se riman y danzan los trigales en las laderas y hay una sinfonía de recentales en los riberos.

Rayas verdes. Peñas desnudas. Honda abertura de la garganta, y en ella la desmigajada rebana de piedra del molino rastrero.

Recuerdan los molinos “rastreros” el más rudimentario y primitivo conato de la industria molinera. Con su monorrítmico cantar, que por largos días y noches va contando los granos de una fanega como cuentas de un rosario sin fin.

Pero aquél de la boca del valle, encajado en una estampa natural, propia de un grabado de Gustavo Doré, y con su evocador nombre de “Para, bailón...”, tenía un especial sabor legendario.

Ingenua como un cántaro de agua era la narración de aquel bautismo en cuyo secreto estaban hasta los más jovenzuelos del lugar.

En una noche alargada y lluviosa, en que las fuentes tuvieron hartura, y el cauce sentía sobre su vientre el salto de los galgos de la corriente a más ligero paso que nunca, acertó a pasar un can famélico y huidizo, asustado por ese miedo de los panoramas hondos y lejanos que tanto impresionan a los perros. Y, como no sabía nada de la crecida, saltó con la misma fuerza instintiva que de ordinario, yendo a parar al ataúd transparente de la presa y siendo arrastrado sin piedad por ella.

Pugnando infructuosamente, como un gran somormujo negro, contra la resaca rectilínea del agua, fue a dar con sus propios huesos al aguaducho rectangular del molino, como aquel caballero que buscaba aventuras soñando mares en el cauce geométrico y prosaico de una fábrica de harinas.

La rápida descensión por la oblicua canal le pareció una larga bofetada de agua, y al final el gato odioso y zumbón del rodezno de palas aceradas se agarró ciegamente al pellejo del perro, arando sin corazón en él.

En aquella tortura circular e incansable, verdadera danza de la muerte, fueron los miembros del pobre can astillándose, quebrándose, sin otra caridad que la de la espuma nevada que enjugaba sus heridas como un pañuelo raudo y frío.

Empezaban ya las entrañas a enredarse, como una madeja de color, en los brazos duros de aquella “nasca” loca.

Es de notar que fue en unos tiempos áureos como los de la fábula, en que los animales irracionales tenían el don de la palabra, cuando esto sucedió.

Y, al asomarse el madrugador molinero para indagar la causa de la lentitud de las piedras de moler, pudo ver los añicos del animalejo danzando agónicamente mientras su boca medio ahogada

repetía: "Para, bailón; que no me gusta tu son. Para, bailón; que no me gusta tu son". Y, sin embargo, la rueda no cesaba en su tiránica y criminosa danza.

En castigo a su crueldad, todo el mundo empezó a llamar desde entonces a tal molino "el molino del para, bailón".

---

### "EN SUS PROPIAS BARBAS"

El lobo, sus rapacerías y su caza han estado siempre a la orden del día en las aldeas de mi montaña leonesa. Todo lo que el can salvaje contiene de torvo, de alevoso y de nocturno, se deplora amargamente en las noticias vespertinas de los pastores que traen los pellejos, en el paciente recuento que en la corte hace el dueño al descubrir ausencias en el número de sus ovejas, y en la inagotable y variada rapsodia de narraciones, cuentos y fábulas nacidos en torno a los dientes afilados, los ojos fosforescentes, el cuello inflexible y las maneras espeluznantes del lobo.

¡Bendito lobo, que con sus formas ululantes en las noches nevadas y con la sed de sus mantanzas, despertó en mi infancia más cantidad de fantasía que todas las películas encantadas en los niños de las ciudades!

Yo no hubiera sentido la vocación de la augusta poesía, si no hubiera "tenido" muchas veces la presencia del lobo en los corredores angulosos de mi casa solariega, si no me hubieran cosquilleado más de una vez en las espinillas los pelos del hisopo de su rabo.

\* \* \*

Hace muchos años. Muchos. Los personajes ya murieron todos a fuerza de viejos, pero no así la bucólica aventura de que fueron protagonistas.

Tanto tiempo hace, que aún no se usaba la pólvora fulminante, ni se habían inventado los pistones de las escopetas. Eran éstas de las llamadas "de chispa", provistas de un pedernal, un eslabón y una cazoleta a la que a duras penas se le lograba comunicar el fuego.

Bien se advierte que no eran armas como para un caso apurado, pero no había otras. Envueltos en la capa de la noche, corvos y alegres de vino, salieron Periquín y Josepón a esperar el lobo detrás de las paredes de la Vega, por donde todos los amaneceres pasaba su pista.

Iban provistos, además de pañosas y burdas mantas a cuadros, tejidas en los telares de Bardón, de un escopetón de chispa y de unas cencerras caladoras, recién arrancadas a los mejores carneros del hato, para servir de reclamo al enemigo mortal de las ovejas.

La noche se fue concentrando. De cuando en cuando, perdidos y deplorantes, atravesaban el

aire sonidos sueltos de latón y bronce, como de algunas ovejas que, descarriadas, anduviesen perdidas en el desamparo.

Atraído por ellos y con cautela de serpiente, un lobezno hambriento se arrastraba seguro. Sonó la cencerro más cerca. Más. Más. Hasta que dio un duro salto y fue a caer sobre la escopeta y sobre la pareja de los que le daban vela.

Aunque el caño le besaba la barriga, en vano sonó el perrillo del arma con un nervioso "ras-tac", "ras-tac". El lobo, "en sus propias barbas", como decía más tarde el tío Periquín, se rio sarcásticamente, con un aullido agudo, y se escondió en las profundidades de la noche asustada.

Los cazadores no le vieron ni la boca porque, por "boca de lobo", era tanto o más oscura que la misma noche.

---

## EL "RARRA"

Le habían dado tal nombre —"Rarrá"— las gentes habladoras porque se trataba de un fantasma monocorde. Además parecía estar dotado de instintos de rana.

Aunque nadie logró verlo, era innegable que habitaba en la pradera de la vega, en lo más hondo, donde el agua estancada hacía que el tapín estuviese turgente y sin más florituras que unos juncos quijotescos y unas pamplinas tiernas y apetecibles.

Explicaciones, muchas, innumerables. Verdaderos tomos de leyenda hablada, inéditos y recónditos en las cabezas de todas las hilanderas del barrio, que nacieron para juglaresas con olor a humo y a chacina.

—Diz que allí donde canta el Rarrá, pecaron carnalmente en una noche de domingo el Julián y la Petra; él, el mejor cabrero; ella, la más natural pastora. Toda la noche dominguera se les cayó de bruces como un torrente a los pies. Desde entonces nacen musgos y lloran allí las aguas sin origen. Los granizos depositan renacuajos y la lluvia de mayo en sus huevecitos de cristal arrastra la sapina.

—Mira; creo que en el mismo sitio donde canta el Rarrá, a la indecisa madrugada de un día de primavera, dos mineros de la cuenca vecina, nocherniegos y borrachos, se picotearon como gallos en un corral y, sacando las pistolas, se dispararon el uno al otro, quedando el más viejo tendido sobre las hierbas, manando sangre por un ojo en la espalda y otro en el pecho, lo mismo que la fuente del Carbayo, helada y de poco chorro.

Y muchas más, espeluznantes, fantásticas e ingenuas, versiones, a cual más descabellada, más encantadora, más interesante, más romancesca.

El hecho era que indefectiblemente, con sol o con estrellas, con niebla o con cielo raso, todos los caminantes y los carreteros, y hasta los cocheros de la vieja diligencia, sentían un gran respeto,

igual que se siente ante la cueva del lobo o al pasar por la encrucijada en la que suelen apostarse los ladrones, cuando en los oídos asustados les vibraba el misterioso y monocorde "rarrá", "rarrá"...

—Habladurías. Cuentos. Miedo. Reportajes de algún periodista ocioso. Letanías. Rogativas. ¡Todo en balde!

Se prepararon batidas, cacerías y araduras para dar con el famoso fantasma, y nada se pudo conseguir.

Se le rodeaba de una muralla de hombres y al momento el "rarrá" sonaba en el prado vecino. Se le quería pisar y, al levantar el pie, ya se le percibía a varios metros de distancia de la pisada.

Una tarde de noviembre, el día de difuntos, hallándose en el cementerio todos los vecinos orando por sus muertos, oyeron de repente en el aire el acostumbrado "rarrá" de la pradera.

Cada vez más lejano, más lejano. Como un ave que se remonta piando a las nubes. Como varios ecos de sí mismo.

Y desde entonces, no se volvió a oír más el "rarrá" de las charcas de la pradera.

Ni jamás se supo de dónde vino. Ni a dónde fue.

---

## EL COLLAR DE SARTAS VERDES

Por la rodera polvorienta y tortuosa avanzaba lentamente un carro de labranza. Dos vacas pardas resoplaban vapores calientes como cuatro escapes de locomotora. Delante —oblicua visión sobre el horizonte— una moza fuerte y galana, con su vara ferrada sobre el hombro, vertía del ánfora de su garganta chorros inagotables de notas agudas y parlanchinas.

A la vera paralela y espinosa un mirlo goteaba en "si bemol". En el matojo más cercano se perdía la onda de una culebra, y el sol parecía la rotura de un soplete de oxígeno.

Coronando la cima hacia donde se encaminaban la moza y su carro, se metía por los ojos, como un charco de plata bruñida por todos los vientos, una laguna inmensa de agua lechosa. Grito húmedo y discordante en la monótona sequía de todos los alrededores.

Ni los sabios se explicaban la existencia de aquel pozo sin salida y sin alimento, que resistía con el mismo nivel los abriles llorones y los septiembres secos.

¿Un antiguo y gigantesco iceberg? ¿Un vaso comunicante enlazado por los genios de la naturaleza con algún mar estático y muerto?

El hecho era que aquel embudo inmenso, verdoso, donde moraban peces y moluscos rarísimos, atraía como una esfinge el respeto de los aldeanos, orgullosos de la "Lagunona", y la curiosidad de los turistas, que, no sabiendo decir ante ella más que "¡oh!, ¡oh!", le daban de comer sobras de pan, mondas de embutidos y latas de pescado, de las que aquellos peces salvajes e insólitos huían como de una posible tumba.

La "Lagunona" tenía ya su misterio de monstruos y de apariciones entre las crédulas gentes de las aldeas que la rodeaban. Pero, aquella mañana, aumentó con los hechos que en ella tuvieron lugar.

Cuando la sed afogó sin piedad las fauces de las vacas, cansinas de su cruz inerte por toda la montaña; al ser acercadas por la moza que las guiaba a la ribera mansa de la laguna, no se sabe si por una atracción infernal de sirenas, o por excesivo hervor de entrañas, tan rápidamente quisieron beber el agua cercana que, resbalándoles las pezuñas, cayeron en la serena superficie del agua llevándose por delante a la moza.

Unas burbujas como grandes esferas de cristal, y otras más diminutas, como cuentas de un rosario, salieron por unos segundos a flote, a la cara del lago. Después, nada. Ni una arruga se notaba sobre la tersa piel de las aguas, que parecían negar su crimen como un reo temeroso.

La calma puso una cruz sobre el agua y todo siguió normalmente su eterno y sabido andar.

Hubo tinieblas, sombras, dudas, malos augurios. Las vecindades preparaban batidas para buscar... ¿a quién? ¿lobos?, ¿ladrones?, ¿demonios?, ¿duendes?

La desaparición de la moza y su yunta era un misterio y una amenaza. Iba vestida, el día que desapareció, con un rodado color naranja, una chambra negra y pañuelo con flores de seda roja. Al cuello llevaba "el collar verde", mercado en la feria de San Pedro de Somiedo.

\* \* \*

Un día los pastores de cabras y ovejas vinieron del monte, acosados por las bocas de lobo de la noche, diciendo a los caseríos que en la fuente del valle, al inclinarse a beber, habían visto que salían por los orificios del manantial, una a una, las sargas del collar verde de la moza desaparecida.

Todos los vecinos y vecinas pudieron comprobarlo y, con miedo y acusación, señalaban a la cumbre exclamando: ¡La lagunona, la lagunona!

Y los chiquillos, con los ojos un palmo más grandes, soñaron aquella noche con una moza que pescaba olas y daba a los peces sargas verdes de su collar.

---

## MALDICION

Las espigas tenían un lenguaje moreno de roce de aristas. La implacable ducha de fuego de la siesta seguía resbalando por el cuerpo sin forma de las cañas del centeno. Y a la sombra exclusiva del único roble que en todo el panorama levantaba su protesta de hojas verdes y barbudas, se cobijaba una escena emotiva y tremendamente vital.

Un canastillo de pajas de colores enseñaba, a través de su boca de trenza, restos de mollejo y embutidos. Un can lamía su propia rosca. Y, sentada sobre la cruz de sus piernas, una mujer, ma-

dre sazónada, acercaba el fruto de sus entrañas a la fuente blanca y caliente de sus pechos, por los que manaba el alma y la leche al beso de aquel muñeco azotado por el viento.

Cuando las sombras empezaron a hacerse más largas, de todas las rinconadas, como cucarachas lucifugas agitando la antena acerada y corva de su hoz, salieron segadores y segadoras. Toda la tabla alta y nudosa parecía entonces un mar sobre cuya superficie flotasen sombreros y pañuelos floridos, resto de un naufragio de campesinos.

Aquella madre, esclava del amor y del pan, tuvo que arrancar de sí el peso blando de su hijito, que le estaba haciendo cosquillas en el corazón. Cubrió sus manitas con un manto raído, y su cara con una capucha de besos apretados y sonoros.

La hoz en la mano le supo a separación angustiosa. Y, al apartarse de aquel montoncito de trapos entre los que estaba todo su ser, agitó dicha hoz dentada y desnuda sobre su mata de pelo, como si fuera un pañuelo blanco en la negra cerrazón de un puerto de mar o de una estación de ferrocarril.

Los minutos iban señalando las gavillas y los manojos. De cuando en cuando, la escoba acerada de una espiga barría cruelmente las lágrimas de la segadora.

Cansada ya de su curva y penosa labor; cuando a sus espaldas pastaba ya un rebaño inmóvil de acostados montoncitos de paja, limpió el baño de sus sudores y se encaminó hacia su hijito, que aquella tarde parecía haber tenido más sueño, o más paciencia, que nunca.

La madre, angustiada; con todas las venas de su pujanza abiertas para el hambre de su fruto; horrorizada y sola, lo encontró como nunca, dormido con una languidez infinita abierta en los ojos y la boquita retorcida en una mueca disforme de dolor mortal.

Lo levantó en los brazos. Lo agitó. Lo lamió loca. Le gritó tiernamente: "¡mi sol!, ¡mi niño!, ¡mi rey!". Hubiera querido sorprenderlo en aquella sonrisa dulce de todos los días. Pero ya era tarde.

Confusa e incierta, pretendió acercar sus labios a la boca de su hijo para meterle la vida en el trago de un beso. Pero —¡horror!— el clavo asqueroso de una cabeza de culebra asomaba de retorno del estómago del niño acuchillando su boquita con las lengüetas teñidas de leche.

La madre se retorció al latigazo de la desesperación y clamó mirando al cielo: "¡Maldita tierra! ¡Agua te vuelvas!".

Al siguiente amanecer no había segadores en la inmensa laguna abierta para eterno castigo de los tórridos, crueles, abrasadores veranos.